

“Industrias del cuerpo”. Ficciones feministas, fábulas epistemológicas y políticas del desacato¹

“la fantasía es parte de la articulación de lo posible” – Judith Butler

“Las herramientas son a menudo historias, cuentos contados de nuevo, versiones que invierten y que desplazan los dualismos jerárquicos de identidades naturalizadas”- Donna Haraway

“las palabras son claves, son llaves”- Alejandra Pizarnik

¿Qué lugar ocupa la fantasía en los proyectos del feminismo contemporáneo? ¿Cómo trabaja al interior de la teoría feminista la tensión ficción-realidad? ¿Qué prácticas ficcionales se activan y obturan en los discursos liberales que sostienen como premisas la diversidad, la inclusión y el respeto? ¿Qué otras ficciones se traman cuando se demuele la naturalización de los cuerpos sexuados? ¿De qué modo las figuraciones interpelan los términos hegemónicos que codifican nuestras experiencias del cuerpo? ¿Qué figuraciones quedan subyugadas por el imperialismo de la diferencia sexual? ¿Cómo operan las figuraciones ya circulantes de la teoría feminista en los imaginarios del activismo de la disidencia sexual? ¿Cuál es la potencia política de esas figuraciones en nuestros propios contextos? ¿Cómo subvierten las ficciones del feminismo, las formas medicalizadas y jurídicas de la escritura de los cuerpos? ¿Cómo funciona la escritura como práctica de heterosexualización? ¿Cómo producir una ciencia ficción feminista queer que despliegue, con sus zonas de conflicto, negatividad y refracción, el riesgo de lo que hay que pensar al tiempo que desbarate la ficción normativa de la ciencia como gestora y productora de lo posible? ¿Cómo producir ficciones disidentes en la geopolítica cultural de la escritura de los cuerpos?

Este manojito de preguntas no es más que un gatillar la invitación a tensionar el campo de las narrativas ficcionales en las teorías feministas y queer contemporáneas. No esperan ni persiguen una respuesta certera ni cómoda ni colosal. Más bien representa una modesta convocatoria a seguir interrogando y desplazando sentidos sedimentados alrededor de todas aquellas prácticas que escriben y re-escriben los cuerpos, ya sean las disciplinas científicas, la literatura, la teoría o la política. En este sentido, la escritura funciona como una prótesis, instituyendo un espacio para sacudir hábitos, liberar problemas,

¹ Texto presentado en el panel “Feminismosaturado: narrativas ficcionales y tecnologías de género”, del Tercer Circuito Disidencia Sexual “No hay Respeto”, organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), junio del 2011- Santiago de Chile

crear condiciones de posibilidad, interrogar las evidencias, implosionar postulados. En su desgarradura emerge el acontecimiento de lo ilegible, por lo que su práctica supone un movimiento inconcluso y un incesante asedio de las propias comodidades mentales.

Siguiendo el rastro de las coordenadas trazadas por la teoría queer, siempre con la infidelidad como antídoto contra el dogmatismo, un modo de lectura de las ficciones se vuelve necesario hacer inteligible. Recorro a la teoría queer no tanto como una afirmación sino como un compromiso, ya que sus principios ponen en duda las regulaciones y los efectos de los condicionamientos categóricos binarios, tales como lo público y lo privado, el interior y el exterior, lo normal y lo raro, lo cotidiano y lo perturbador, entre otros; rechazan la utilidad a la vez que reclaman la desviación como un ámbito de interés, y desestabilizan las leyes y prácticas instituidas. Al no constituir un conjunto de contenidos que haya que aplicar, más que nada se postula como un conjunto de principios y dinámicas metodológicas útiles para leer, pensar e implicarse en el entramado de la vida diaria, entre los cuales se encuentran: prestar atención a las condiciones que permiten que la normalidad ejerza control, identificar las líneas erróneas de las ideas para encontrar dónde se rompe el sentido e invierte sus intenciones, y suponer el juego de la diferencia, la división y la alteridad de las prácticas de lectura (Britzman, 2005).

Las ficciones son políticas de conocimiento que pulsan determinadas economías de la corporalidad y administran los límites y posibilidades de los imaginarios culturales, esas redes narrativas situadas y localizadas en espacios temporales específicos. Asimismo, esos imaginarios ya están racializados, sexualizados y generizados. Entonces, siguiendo estos principios de la teoría queer, una tarea se nos presenta de manera imperiosa: la problematización de los binarismos que siguen funcionando al interior de las propias teorías y prácticas políticas críticas, ya sea realidad/ficción, verdad/fantasia, transparencia/opacidad, urgente/postergable. Como todos los binarismos, imponen valor de verdad a los primeros términos y desestiman los segundos, expulsándolos al campo de lo que “puede esperar”, de lo que “no es necesario”, de lo que “no tiene finalidad práctica”. Este texto silencioso dentro del discurso feminista y de la disidencia sexo-genérica, supone un modo esclerotizado e inmunizador de comprender la teoría, la ficción, la narrativa, en suma, el lenguaje, y promueve prácticas de lectura y políticas escriturales de tímido coraje creativo, operando ellas, en muchas ocasiones, bajo los férreos preceptos de un régimen de escritura que continúa produciendo privilegios y desigualdades.

Esta tarea nos sitúa ante el problema de escribir, y así como decía Deleuze (1996) citando a Proust, el escritor –y escritora, agrego yo-, “inventa dentro de la lengua una lengua nueva, una lengua extranjera en cierta medida. Extrae nuevas estructuras gramaticales o sintácticas. Saca a la lengua de los caminos trillados, la hace delirar. Pero asimismo el problema de escribir tampoco es separable de un problema de ver y de oír...”. De este modo, en la percepción del mundo se registra una forma de conocer y de

estar en él, en la que cobra una centralidad ineludible el cuerpo como plataforma para la gestión del saber, con sus disposiciones o inhibiciones para captar las tramas sensibles que urden los espacios, los circuitos emocionales, los climas, las atmósferas, los afectos, los sentimientos.

Vemos y oímos a través de las palabras, entre las palabras. Palabras superpobladas de prejuicios y relaciones políticas. Palabras que son archivos políticos de normas y resistencias, que albergan cuerpos y deseos, identidades y prácticas, o más aún, que los expulsan y destierran. Las palabras operan como catálogos de posibilidades de existencia. Haraway (2004) nos recuerda que los discursos no son sólo palabras, sino que son prácticas semiótico-materiales porque se inscriben en la materialidad de los cuerpos. Por eso, cambiar los relatos no es un simple ejercicio literario, sino que se convierte en una intervención creativa en términos de proyecto de conocimiento, de sensibilidad política y de compromiso ético. La teoría deviene un género literario más que participa, a través de diferentes técnicas de escritura, de la definición de la vida, de lo vivible, de lo humano. Implantada en esa imagen de dadora de sentido a todos los demás saberes, su exigencia de verdad nos confina sistemática y repetidamente al mundo de la transparencia y el esclarecimiento, y nos vuelve receptores cómplices al cerrar -aún sin buscarlo- los horizontes del sentido en una totalización osificada, con significados únicos y unívocos.

Las políticas de conocimiento funcionan como máquinas de lenguaje que crean relaciones y encadenamientos normativos, montajes interpretativos, retóricas discursivas, formatos de subjetividades, narrativas organizadoras de experiencia. Estas políticas administran las palabras y los cuerpos, generando silenciamientos y borramientos en la cadena discursiva que regula el campo de la visibilidad pública. Sin embargo, la ley y la medicina como dispositivos biopolíticos de producción y control de los individuos, son los paradigmas imperiales de interpretación de los cuerpos, por lo que nuestras subjetividades están atravesadas y constituidas por vocabularios jurídicos y medicalizados.

Los regímenes de escritura configuran matrices de inteligibilidad. ¿Qué sucede cuando empiezo a convertirme en alguien para el o la que no hay espacio dentro de un régimen de verdad dado, dentro de un régimen de escritura establecido? En el juego de la política de la verdad, el confinamiento del pensamiento y el lenguaje en las convenciones de las instituciones subyuga a los sujetos a modelos de legibilidad excluyentes. El pensar, con sus propios profesionales especializados, se transforma así en una práctica de colocar cierres, cercos, cerraduras, encontrando en el género uno de los modelos más potentes de la inscripción en la carne del binarismo sexual como proceso de humanización. Este constructo teórico de la biomedicina y la psiquiatría, con sus migraciones singulares a la teoría feminista, constituye un aparato de escritura que produce la “naturaleza” como algo dado, poniendo en funcionamiento la maquinaria biotecnológica destinada a identificar y catalogar como “varón” o

“mujer” a los sujetos. La construcción tecnológica de la “verdad natural” de los sexos se realiza con el soporte de un régimen epistemológico binario y visual de la concepción heterocentrada de lo humano, a partir del cual hombre y mujer funcionan como ideales normativos que definen aquello que será considerado como humano y lo que se desechará como tal.

Entonces, ¿no es, acaso, la teoría una ficción que captura o encorseta el cuerpo en ciertas matrices de inteligibilidad? La teoría también es una ficción que se convierte, por efecto performativo, en normativa. Son ficciones armadas sobre o contra otras ficciones, que proveen los presupuestos epistemológicos e iconográficos para pensar los cuerpos, las sexualidades y los deseos, al amparo de las regulaciones del poder estatal, religioso y del mercado. De este modo, podemos aventurarnos a pensar, en un juego que deambula por las hibridaciones, yuxtaposiciones y las diásporas, que no existe por un lado las ficciones feministas y por otro, la teoría feminista, sino que la teoría es una ficción que se articula entre fábula, política y saber, constituyendo una tecnología de pensamiento.

La teoría feminista, como máquina narrativa, ha desmantelado las ficciones somáticas que se construyeron para disciplinar y doblegar los cuerpos de las mujeres, cuestionando el modelo epistemológico hegemónico desde el cual producir conocimiento acerca de lo social. Desde la crítica feminista hasta la teoría postcolonial se han multiplicado las denuncias que revelan las arbitrariedades, censuras y exclusiones que, en nombre del universal, fue imponiendo el canon modernista de la cultura occidental dominante. La exhibición de su violencia representacional a través de la cual lo universal impone su jerarquía a costa de silenciamientos y tachaduras de lo diferente, así como a través de la marcación por el estigma sexual, racial y económico, potenciaron las luchas interpretativas que se desatan desde los márgenes para cuestionar su monopolio. No obstante, la política feminista ha quedado cautiva, en los últimos tiempos, de un circuito fagocitante que rechaza la radicalidad de experimentaciones relacionales, sensuales, extáticas, delirantes, al escribir y re-escribir el sujeto político de la acción, “las mujeres”, bajo la ficción del binarismo de la diferencia sexual. De esta manera, se reduce la escritura a los significados predeterminados del repertorio feminista tradicional, a los temas y directrices de un feminismo eminentemente mujeril, pragmático y reformista, que se convirtió en presa de la maquinaria estatal y su lenguaje técnico-administrativo.

La pregunta por la posibilidad de mundos vivibles debe permanecer bien visible en el corazón de nuestro activismo. Una apuesta a diseñar nuevas fuerzas de emancipación subjetiva supone prácticas de lectura y escritura movilizadas por una sensibilidad política, semiótica y poética irreductible y no inocente, articulada y en deuda con quienes aprendieron a ver y sentir el mundo y a funcionar en él, a través de formas críticas. Desafío que supone una deliberada desobediencia epistémica, al intervenir en aquellas tecnologías de construcción de conocimiento (Haraway, 2004), que incluyen la formación

de posiciones de sujeto y las maneras de habitar esas posiciones. Para crear ficción y abrir posibilidades sociales y políticas, hay que dejarse arrastrar a y deambular por situaciones en las que primen la deriva, la interrelacionalidad, la teatralidad y la fragmentación; la defensa de prácticas y vivencias anti-normativas y anti-asimilacionistas; la crítica ambivalente de la identidad como punto de partida y punto de llegada de la actividad política; el rechazo de reduccionismos y totalizaciones tanto genérico-sexuales como políticos; la mixtura de registros disímiles; la desprogramación del guión de la protesta convencional; el estallido semántico de los códigos de la resistencia feminista; las des-identificaciones o la proliferación de identificaciones. Crear ficciones supone un modelarse en las vibraciones de una lengua no institucionalizada, irreductible a consignas y etiquetas que envejecen tan pronto como se las proclama, y un despojarse de la esclavitud de los dispositivos de lectura. Es el trabajo de abrir una fisura que descentra las categorías de la ritualidad del acto de escribir, desencadenando un proceso de liberación respecto de un sinnúmero de restricciones sobre los modos y alcances del pensar, estableciendo una lejanía con la complacencia estética y una cercanía con la desarticulación de cualquier frontera genérica.

Sin embargo, la producción de ficciones nos enfrenta a una aporía, la del lenguaje, porque está saturado de normas y prescripciones. En el prólogo del libro “El género desordenado”, Judith Butler afirma que: “la persona trans no está alineada con las normas de género esperadas, con aquellas normas que están implícitas en todo proceso de asignación sexual. Esta no alineación es un tipo de disconformidad con las normas que pertenece al dominio de la expectativa. Esto significa que las normas “existen” menos que son “esperadas” –pertenecen al dominio de la anticipación y de la imaginación, a un campo imaginario de regulación del género” (2010; 12). Y es aquí donde aparece el trabajo de la fantasía para modificar ese lenguaje y componer una experiencia de deshacer cierta restricción normativa para inaugurar una concepción relativamente novedosa, una nueva habitabilidad. La fantasía estimula el afán por un lenguaje que postule posibilidades más allá de la norma que rige las escenas de incorporación o, incluso, que postule un futuro diferente para la norma misma, que habilite nuevos modos de realidad. Continúa Butler, “[la fantasía] nos lleva más allá de lo que es meramente actual o presente hacia el reino de la posibilidad, lo que no está todavía actualizado o lo que no es actualizable. La lucha por la supervivencia no puede realmente separarse de la vida cultural o de la fantasía, y la supresión de la fantasía –a través de la censura, la degradación u otros medios- es una estrategia para procurar la muerte social de las personas. La fantasía no es lo opuesto de la realidad; es lo que la realidad impide realizarse y, como resultado, es lo que define los límites de la realidad, constituyendo así su exterior constitutivo. La promesa crucial de la fantasía, donde y cuando existe, es retar los límites contingentes de lo que será y no será designado como realidad. La fantasía es lo que nos permite imaginarnos a nosotros mismos y a otros de manera diferente; es lo

que establece lo posible excediendo lo real; la fantasía apunta a otro lugar y, cuando lo incorpora, convierte en familiar ese otro lugar” (2006, 51). Entonces, la fantasía es una especie de primitivo taller en el que se forjan y elaboran poderosas herramientas conceptuales, por eso se convierte en sospechosa y “peligrosa porque está fuera de control, nunca se sabe bien adónde lleva”, sugiere la escritora Graciela Montes.

La ciencia ficción está considerada un tipo de literatura que explora alternativas o afirmaciones contrarias a lo que normalmente creemos, y busca poner en cuestión nuestras creencias al ejercer una función de crítica de las costumbres y renovar la capacidad de asombro al excitar los campos de la imaginación. Si las narraciones funcionan como pequeñas fábricas de comprensión, las nuevas revelaciones de sentido ensanchan continuamente sus imágenes y modelos. De este modo, la imaginación está en el centro de la perturbación del conocimiento, en la urdimbre del lenguaje, en su tejido poético.

Por eso, la apuesta se redobra sin tregua, por un lado, en el empeño por estimular historias y relatos de ciencia ficción feminista-queer, y por otro, en activar el develamiento del carácter ficcional del conocimiento de las disciplinas científicas. En este sentido, entre las estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos, imbricaciones semánticas, que pueden punzar la ampliación de las matrices imaginarias así como la fabricación de extrañezas, me interesa destacar la figuración como recurso privilegiado que lleva al límite los discursos para deshacer la jerarquía de saberes y crear zonas de opacidad y flotamiento referenciales. Las formas figurativas, las metáforas como ficciones políticas, presentan nuevas posibilidades interpretativas, que permiten exploraciones de carácter político y subjetivo. Son instrumentos literarios eficaces para actuar en la realidad porque ejercen un impacto en nuestra imaginación, al mismo tiempo que expresan formas de conocimiento situado, por las visiones e imágenes que encarnan. Al funcionar como imágenes performativas, pueden ser habitadas y desbordadas, diseñando mapas condensados de mundos discutibles, universos de conocimiento, práctica y poder. Las figuras ficcionales provocan un desplazamiento capaz de problematizar ciertas certezas que rápidamente sedimentan como inalterables, y hacen colapsar los presupuestos de aquellos modelos normativos de identidad y análisis político que se van consolidando y cristalizando como “verdades” indiscutibles.

Por su condición de impureza disciplinaria, estas figuraciones funcionan como la actualización de una promesa siempre incumplida, y tensan la imaginación política feminista al mezclar voces o modos de habla, al combinar deliberadamente el modo teórico con el poético, como es lo queer para Judith Butler, el cyborg o el vampiro para Donna Haraway, la mestiza para Gloria Anzaldúa, el nomadismo para Rosi Braidotti, la perra para Izgtar Ziga, el testo-yonqui para Beatriz Preciado, entre otras. Nos

queda por elaborar con carácter de inminente, como trabajo de archivo y memoria, una genealogía queer-feminista-trans latinoamericana de figuraciones que se han producido en nuestros contextos locales, así como lo fueron en distintos escenarios socio-políticos, la loca para Lemebel y Perlongher, los nudos para Julieta Kirkwood y, podríamos incluir, de manufactura propia y de reciente aparición, la deslenguada. Voces que tratan de escaparse de las serializaciones del poder, de las definiciones hegemónicas y del ejercicio administrativo de la política, experimentando en la densidad simbólica de los relatos la ruptura de lo habitual y el resquebrajamiento de las seguridades de los discursos de autoridad.

“Armar/desarmar/montar/desmontar palabras no es un juego del que se salga indemne o sin cicatrices, es una apuesta arriesgada por hacer correr la sangre sin el adiestramiento del latido afín a la utilidad y la plusvalía del ejercicio literario” (flores, 2009). En esta interconexión y mezcla de ficción narrativa, imaginería visual, reelaboraciones religiosas, bromas epistemológicas, indagaciones políticas, a través del inasible trabajo de las palabras, nos jugamos el cómo y hasta dónde sería posible pensar de otra manera, lo que puede re-escribirse, también, bajo la interpelación de “hasta dónde sería posible vivir de otra manera”.

Así, realidad y ficción son asediadas por una escritura dislocada, descentrada, que transita entre umbrales, invirtiendo y diseminando, desplazando y dispersando. En un gesto desdoblado, las prácticas de escritura y lectura quiebran los pactos de fronteras vigiladas, componiendo una símica política de desacato al encuadre que uniformiza las identidades, los cuerpos, los deseos, las geografías, horadando desde sus mismas estructuras el pensar binario. Los textos que escribimos son constituyentes de nuestros procesos de conocer y de dar a conocer, y en el modo en que escribimos se manifiestan nuestras elecciones y filiaciones teóricas, políticas y nuestras preferencias afectivas. Es en la escritura donde construimos posibilidades de vida y, también, de muerte.

Como alquimistas de la palabra, activistas del deseo, amanuenses de cuerpos, la primera acción micropolítica insumisa que afrontamos es la elaboración de ficciones como mallas de incidencia capilar, para hackear la industria imaginaria hegemónica de los cuerpos, montando otro régimen ficcional para la habitabilidad de las identidades –siempre provisorias y contingentes-. Esta experiencia nos requiere ser capaces de infringir la lógica de lo “real”, lo “posible”, del “respeto”. Cada uno de estos constructos tiene un sólido andamiaje discursivo y material que vehiculiza los procesos de normalización, que borra los rastros de los conflictos políticos. Sabemos que nuestras vidas como tortilleras, maricas, trans, intersex, drag, disidentes sexuales, se vuelven vulnerables en las redes del régimen político de la heterosexualidad, ese macro código semiótico que opera en conjunto con el capitalismo, el patriarcado, el racismo, el colonialismo, y que por ello necesitamos instrumentos

jurídicos, políticos y sociales que nos permitan sobrevivir. Pero también necesitamos, del mismo modo y con la misma prioridad, de producciones culturales que operen como fuerza disgregante de los paradigmas hegemónicos y sus dispositivos de captura que hacen invivibles muchos de nuestros cuerpos. En este sentido, el respeto es una ficción soporífera que mantiene intacto el orden político. El respeto se exige, se pide, se reclama, pero siempre su materialización está fuera de nuestro alcance, porque la asimetría de poder que se aglutina en sus redes y posiciones enunciativas, hace de la victimización la matriz productiva del poder mismo. El respeto es la virtud de la obediencia en los imaginarios coloniales y sella un pacto de gobernabilidad de las subjetividades. Así, las políticas del respeto domestican las poéticas de la irreverencia, estigmatizando la desobediencia, marcándola como signo anómalo de la vida democrática

Desquiciada entre la singularidad y el agenciamiento colectivo, me apremia el diseño de una máquina ficcional que nombre por nosotras-os mismas-os, los desbordes de cuerpos y experiencias que escapan al aprisionamiento de los sentidos de las identidades, normadas por el libreto político y el guión publicitario. Es acuciante el deseo de una escritura no cancelatoria, que no anule las fluctuaciones contingentes de la existencia, que no ilustre el compromiso con la realidad, sino que construya artificios discursivos para abrir resquicios en las entrelíneas del poder. Los finos y minúsculos acontecimientos que desmenuzan las filas de la normatividad y su representacionalidad ortodoxa, auscultan las zigzagueantes fugas de los imaginarios y despliegan una crítica a la monumentalidad heroica de las verdades mayúsculas.

Estoy/estamos hambrientas/os de ficciones que resistan el deseo devorador del otro, que practiquen políticas del resto que impidan la homogenización bajo el imperialismo de la igualdad, que introduzcan en la lisa superficie de los datos verificables de los saberes del mercado, la opacidad de los huecos y pliegues que anidan lo turbulento e insatisfecho del pensar, que propongan lecturas no regidas por el paradigma de la productividad y la posesión. Estoy/estamos sedientas/os de curiosidad, porque de lo que se trata, justamente, es de la curiosidad, no ya para con lo que no vemos, sino respecto de lo que vemos. “Quizá por ello leer sea ver de otro modo, con renovada curiosidad, hasta desbordar los textos”, decía Foucault (2003). Se trata de la curiosidad, esa única especie de curiosidad que vale la pena practicar con cierta obstinación: “no la que busca asimilar lo que conviene conocer; sino la que permite desprenderse de uno mismo. ¿Qué valdría el empeño de saber, si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos, y no, en cierto modo y en la medida de lo posible, el extravío del que conoce? Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar de modo diferente a como se piensa y percibir de otro modo a como se ve es indispensable para continuar contemplando o reflexionando” (Foucault, 2003).

Estoy/estamos cansadas/os, aburridas/os, de este paisaje de conciliación, de transacción, de tecnicismos de negociación, de disciplinamiento de antagonismos, de la lógica del consenso. Estoy/estamos extasiadas/os por encontrar metáforas sin estrictas filiaciones disciplinarias, que vaguen fuera de las localizaciones institucionales del saber con resguardo académico, que provoquen una conmoción epistemológica que nos movilice a aprender y practicar un sinnúmero de formas discursivas y habilidades culturales para acceder a una variedad inconmensurable de relaciones y experiencias.

La potencialidad disidente de las ficciones que socavan las representaciones sociales y culturales oficiales, mantiene su latido y pasión disruptiva en la medida que no se deje alinear bajo la épica de la universalidad de su significado, así como tampoco en la recursividad de su eficacia política, instituyéndose –aún sin proponérselo- como nueva ficción normativa, desconociendo así que cada ficción emerge y circula en coyunturas específicas.

La escritura deviene una mesa de operaciones privilegiada para intervenir la anatomía de los significados sexopolíticos del cuerpo, que intenta cortocircuitar las tecnologías de producción de las ficciones somáticas, sacudiendo las instituciones del Estado, la Iglesia, el capital, la ciencia y sus industrias. Como experimento performativo constituye un ejercicio de desprogramación del género, que implica –entre otras dimensiones- la reeducación y control del sistema de reacción emocional, de los mecanismos de deseo y producción de placer que modelizan las áreas más íntimas de la existencia cotidiana. En su tensa filigrana de titubeo erótico y ambición deconstructiva, la escritura ficcional feminista-queer se posiciona como un saber crítico para reinaugurar una y otra vez una narrativa que interroga los límites concebibles de lo humano.

La lucha por mejores condiciones de vida para aquellas poblaciones estigmatizadas, criminalizadas y patologizadas en las cuadrículas del poder estatal, no puede quedar desanudada de la confección de nuevos imaginarios y ficciones, sean teóricas o literarias, que movilicen vocabularios políticos más arriesgados, poéticas de la subjetividad menos utilitarias y tuteladas, afectividades y eróticas menos domesticadas. Es en el proceso de inscripción sobre la materialidad de nuestra carne donde las batallas por el gobierno de las palabras tienen lugar, porque no hay cuerpo sin ficción, no hay desacato con respeto, no hay política sin fantasía.

valeria flores

buenos aires, mayo, 2011.-

Bibliografía

Britzman, Deborah (2005) "Educación precoz", en *Pensando queer. Sexualidad, cultura y educación*, Susan Talburt y Shirley Steinberg (eds.). Editorial Grao, Barcelona. 2005.

Butler, Judith (2006) *Deshacer el género*. Paidós, Barcelona.

Butler, Judith (2010) "Prólogo. Transexualidad, transformaciones", en *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*, de Miquel Missé y Gerard Coll- Planas (editores). Editorial Egales, Madrid.

Deleuze, Gilles (1996) *Crítica y clínica*. Editorial Anagrama, Barcelona.

flores, valeria (2009) *Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política*. Texto presentado en el I Coloquio Latinoamericano sobre "Pensamiento y Praxis Feminista" - Grupo Latinoamericano de Estudio, Formación y Acción en Sexualidad, Género y Cultura (GLEFAS) y el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE) de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

Foucault, Michel (2003) *Historia de la sexualidad. Tomo II: El uso de los placeres*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Haraway, Donna (1999) "Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles" (traducción: Elena Casado), en revista *Política y Sociedad* N° 30. Madrid

Haraway, Donna J. (2004) *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra© _Conoce_Oncoratón®. Feminismo y tecnociencia*. Editorial UOC, Barcelona.

Haraway, Donna J. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Preciado, Beatriz (2002) *Manifiesto contra-sexual. Opera Prima*, Madrid.